



EN el marco de un acto organizado por el ayuntamiento de la localidad, habló un republicano español residente en Montauban desde el final de la guerra civil española. Explicó a los asistentes y dio testimonio de los momentos finales del presidente y de la forma en que Méjico protegió su persona, amenazada por la presencia en Montauban del comando nazi-español que tenía ya en su haber la captura de varios políticos españoles, —Companys, Zugazagoitia, Peiró, Rivas Cherif, etc.— y que habían sido entregados a Franco para su fusilamiento.

Finalizada su intervención, hablé con él y le expuse lo poco conocido que es en España el período final de la vida de Azaña y las polémicas habidas y falsedades vertidas en torno a la supuesta

confesión del presidente. Mi interlocutor se ofreció para testimoniar todo aquello que sobre el particular conoce y así quedamos emplazados para la entrevista aquí publicada.

TIEMPO DE HISTORIA.—¿Por qué razón llegó el presidente Azaña a esta pequeña localidad de Montauban?

JEAN GREGORY DE VALDES.—Azaña salió de España con una salud muy deficiente, y las enormes calamidades que los españoles soportábamos en nuestros primeros meses de exilio, por un lado, con las atrocidades con que el franquismo se ensañaba con todo lo que «olía» a rojo, por otro; los raptos y persecuciones seguidas de ejecuciones sometidas, junto con la clau-

dicación del Ejército francés ante los nazis, todo hizo un todo para desbordar las reservas de resistencia de ese cuerpo sin ganas de combatir. Después de un corto espacio de tiempo en la Saboya, pasó a residir en la Gironde y pocos días después de haberse firmado el Armisticio entre los gobiernos francés y alemán y, considerando que ciertos personajes nada halagüeños se situaban cerca de la residencia del enfermo, los íntimos que constantemente velan por él, consiguen un lugar seguro en el Tarn et Garonne. Azaña es trasladado a Montauban con toda discreción y en ambulancia. Es el hotel du Midi que será su último domicilio.

Seis habitaciones han sido reservadas para su séquito, en el primer piso del hotel. La número dos es para el presidente, la tres es para

TESTIMONIO

Los últimos días de Azaña

Isabelo Herreros

El día 12 de abril último pasado se celebraba en la localidad francesa de MONTAUBAN un homenaje al que fuera presidente de la II República española, Manuel Azaña y cuyos restos guarda esta bella ciudad occitana situada a las riberas del Tarn y Garona.

Antonio, su mayordomo, la cuatro es para doña Lola, la esposa de Azaña, la cinco es para el general Hernández Saravia, y la seis para el médico personal del presidente, el doctor Felipe Gómez Pallette. La habitación uno estaba ocupada por los dueños del hotel, señores Fusié, los cuales se comportaron admirablemente con todos los españoles en general. Otra de las personas que se mostró intensamente solidaria fue el director departamental del periódico «La Dépeche du Midi», monsieur Irené Bonnafous.

T.H.—Durante el tiempo que el presidente Azaña residió en Montauban, es decir, hasta su muerte el día 3 de noviembre de 1940, existió al parecer todo un plan dirigido desde España para secuestrarlo y conducirlo a nuestro país.

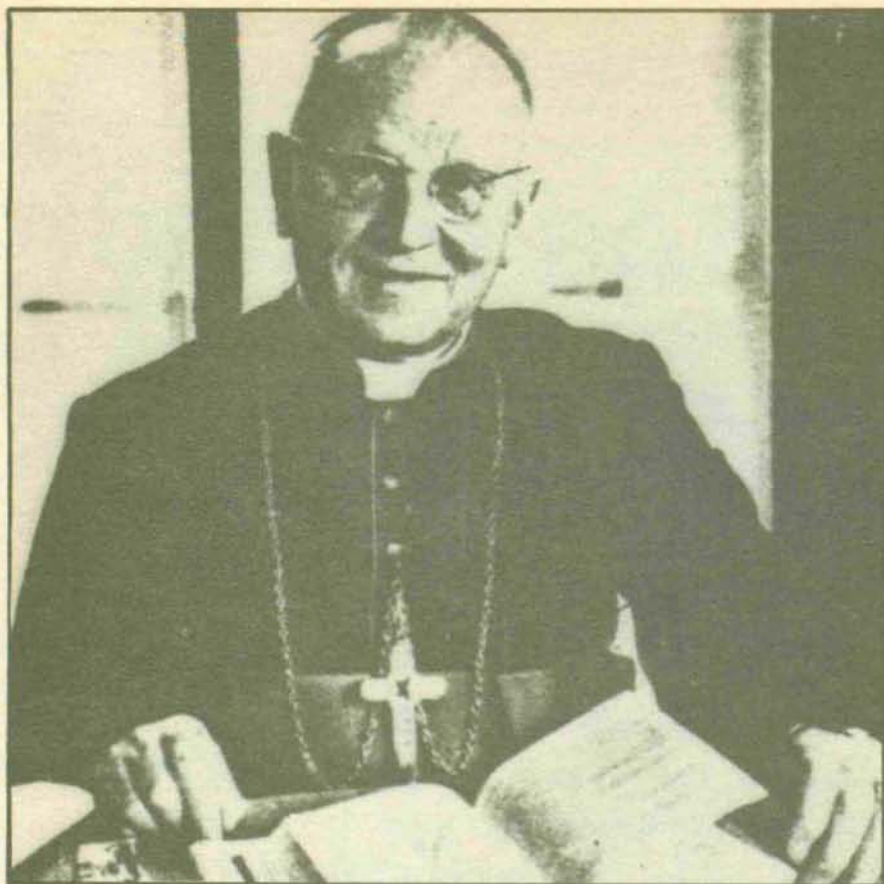
¿Podría hablarme de ello, antes de entrar en detalles sobre los últimos días del presidente?

J. G. VALDES.—A finales del mes de septiembre, el general Hernández Saravia recibió un aviso estrictamente confidencial, señalando la presencia en el hotel de tres sujetos, al parecer policías, y que corresponden a los nombres de Laffont, Paul Clavié y Eddie Pagnon (1). Los tres sujetos tomaron las habitaciones 8 y 9, correspondientes al ala derecha del primer piso. La habitación núm. 10 será ocupada por los policías-falangistas españoles Calvo y Pastor. En el hotel de France, situado en la rue Marie-Lafont, se hallaban hospedados otros tres policías-falangistas, uno de

(1) Todos fueron juzgados y ejecutados al ser liberada Francia.

ellos bajo el nombre de Fernando Barrachina y que al parecer era el hoy famoso super agente Conesa. Este último equipo llevaba ya en su haber la captura de Luis Companys, Julián Zugazagoitia, Cruz Salido, Juan Peiró, Cipriano Rivas Cherif y muchos otros españoles.

¿Quién les mandaba? En lo referente a los franceses, no fue difícil descubrirlo, pues sus declaraciones ante los tribunales, una vez liberada Francia, son conocidas. Sus jefes fueron Marcel Peyrouton, ministro del interior del Mariscal Petain y el secretario particular de éste, du Moulin de Labarthe. Ya en España, siendo secretario general de la Embajada francesa, con el viejo mariscal, mantiene estrechos contactos con altos jefes de la Falange; el viejo mariscal no ignora nada de las andan-



Monseñor Pierre-Marie Théas.

zas de su secretario. Más tarde, es la Gestapo quien manejará a estos sujetos.

En cuanto al equipo español, se ha sabido que son las altas jerarquías falangistas, con el beneplácito de Serrano Suñer. Nadie ignora que en el proceso de los criminales de guerra de Nuremberg figuran pasajes donde el citado Serrano Suñer es buen protagonista en este orden de cosas. ¿Y quién más? El cardenal Gomá, primado de España, fabricó bien su pequeña salsa para que Pío XII, Pacelli, le diese su último toque.

Los íntimos de Azaña, y para evitarle cualquier contratiempo donde las consecuencias eran bien previsibles, ocultaron el peligro constante que pesaba sobre su persona. Así pues, el general Hernández Saravia, después de consultar con Dolores Rivas, el doctor Gómez Pallete, Aurelio Garzón y el

general Gamir Uribarri, jefe de la escolta y protección presidencial, decidió pedir protección al general Lázaro Cardenas, presidente de los Estados Unidos de Méjico. La respuesta fue casi inmediata. Dos días después, las habitaciones antes citadas, ocupadas por el séquito de Azaña, fueron protegidas por la bandera mejicana, bajo el mandato del licenciado señor Rodríguez, ministro plenipotenciario de Méjico, quien a su vez se instaló también en el hotel du Midi.

T. H.— *¿Cómo y cuándo se produjo el primer contacto de monseñor Théas con el presidente Azaña?*

J. G. VALDES.—Las razones de este encuentro hay que buscarlas más en la preocupación del presidente por la suerte que en el interior de España corrían muchos amigos suyos que en cualquier otro motivo. Las no-

ticias que llegaban de España eran aterradoras. Se conocen las sentencias de muerte dictadas contra amigos del presidente, entre ellos su cuñado y amigo Cipriano Rivas Cherif. A pesar de que se le trataban de ocultar estas noticias, él las adivinaba, y en sus preguntas se vislumbraba una profunda tristeza. Entre las visitas que permite figura la del escritor francés François Mauriac; también el padre Vilar, junto con Mosén Llorens (que años más tarde escribirá el libro «LA IGLESIA CONTRA LA REPUBLICA», con el nombre supuesto de Juan Comas). Estos dos clérigos refugiados departen cortos instantes con el presidente sin hablar de religión.

También visita al presidente una monja, bien conocida en la colonia española, puesto que dirige el Secours Catholique, y cuya misión es ayudar a todos los refugiados en general. Dicha religiosa llamada Soeur Ignace, ha sido despachada con urgencia desde Burdeos hacia Montauban a primeros de enero de 1939, fecha ésta en que la avalancha de refugiados se concentra en esta ciudad y sobre todo a partir del momento del desastre francés. Es D. Ricardo Gasset quien la presenta a la Sra. Azaña, ésta, agradecida por las atenciones que la monja le ofrece, accede a su demanda de visitar a su esposo. A partir de esa fecha la tela de araña clerical se teje, paulatinamente, pero con paso seguro, hacia el objetivo que se han fijado. Dos días después, Soeur Ignace, en otra entrevista con la Sra. Azaña, le hace saber el interés muy particular que el señor Obispo de la diócesis manifiesta por conocer al ilustre enfermo. Y así el clero



Monseñor Théas, antiguo Obispo de Montauban, y Presidente de Honor de la A.N.A.C.R. del Tarn et Garonne, haciendo uso de la palabra en el momento de la apertura del Congreso Departamental en la mañana del domingo 24 de junio de 1973, en la ciudad de Moissac (Tarn et Garonne), Francia.



El Presidente Departamental de la A.N.A.C.R. del Tarn et Garonne, monsieur Metteffeu, durante su intervención en la alcaldía de Moissac, dando las gracias al señor alcalde por sus atenciones con los Antiguos Combatientes de la Resistencia y, a su vez agradeciendo la asistencia del Obispo monseñor Théas, Presidente de Honor de la A.N.A.C.R.

penetra en el refugio de Azaña. A partir de ese instante las visitas de monseigneur Théas, primero muy amenas y lejos de toda insinuación religiosa, se hacen más frecuentes. En una de ellas y cuando salía el prelado de la habitación del enfermo, Antonio (el mayordomo) y el general Hernández Saravia ivan a penetrar, y Antonio, dirigiéndose al militar le dijo muy serio: Mi general, con la Iglesia hemos topadom topado.

T. H.—¿Tuvo incidencia en el estado de salud y de ánimo del presidente el suicidio de su médico Dr. Gómez Pallete? En qué circunstancias se produjo el hecho?

J. G. VALDES.—El día 15 de octubre, el doctor Pallete ha terminado el examen cotidiano que todas las ma-

ñanas realiza al enfermo. Antonio, el mayordomo, entra en la habitación como si nada ocurriese y muy sigilosamente le silba a la oreja del doctor. Es una señal convenida para evitar que Azaña se entere. Cuando el doctor penetra en la habitación del general Hernández Saravia, éste, con el rostro lívido le da la dolorosa noticia que hace un par de horas ha sabido a través de un despacho confidencial. En la madrugada, el presidente de la Generalitat de Catalunya ha sido pasado por las armas. El doctor Pallete, con la mirada fija en el suelo y el semblante lívido, sale de la habitación en silencio.

Es poco más del mediodía del mismo día cuando todos se hallan en la mesa para la

comida. La silla del Dr. Pallete permanece vacía. Antonio se dirige a la habitación del médico, llama, y al no recibir contestación, abre la puerta, encontrándolo tendido encima de su cama como si durmiera. Pronto comprueba lo ocurrido: el doctor se ha suicidado. Todos recibieron un choque tremendo. ¿Cómo hacerle saber a Azaña la ausencia de su querido doctor? Mal que bien se oculta el suceso al enfermo, y la misma policía tuvo el pudor de no hacer ninguna mención ante el enfermo durante sus diligencias. A partir de ahora, será el doctor Acosta, cirujano eminente quien, asistido del médico francés Dr. De Maulde, atenderá al presidente. Pero Azaña soporta mal la ausencia de su médico



Homaje a Manuel Azaña en el cementerio de Montauban, el día 12 de abril de 1980. De izquierda a derecha aparecen: Monsieur González (3.º) concejal radical de Montauban, es hijo de españoles; la señora Elena de Ribera, delegada del embajador de México en París, Manuel Riera, presidente de ARDE en Francia, monsieur Delmás, alcalde de Montauban, Emilio Berenguer, ex-combatiente, y el autor de este trabajo.

y constantemente pide noticias de él. Dos días después del suicidio su estado empeoró alarmantemente.

T. H.—*Al parecer, fue Ricardo Gasset, quien ante la gravedad del enfermo, pidió a monseñor Théas que acudiese al Hotel du Midi a administrar los últimos sacramentos al presidente. ¿Qué me puede decir sobre ello?*

J. G. VALDES.—El Sr. Ricardo Gasset, sin permiso de nadie, se presentó en el obispado y pidió a monseigneur Théas que acudiese ante el enfermo, pues consideraba que su estado era alarmante y él creía oportuna la presencia del prelado. También Soeur Ignace fue avisada por el Sr. Gasset. Cuando llegan al hotel, frente al enfermo se hallan ya los dos médicos, la Sra. Azaña y Antonio. Al penetrar en la habitación, el Doctor Acosta rogó a todos los presentes, salvo al Obispo, abandonar la habitación. La Sra. Azaña, sin inmutarse un instante, le contestó: «Doctor, es de Vds. que mi marido tiene necesidad; por lo tanto son Vds. y el doctor De Maulde quienes permanecen y los demás salimos». Y así lo hicieron todos, esperando fuera en el pasillo. El obispo pide a la Sra. Azaña hablar con ella unos instantes en privado, cosa a la que esta accede inmediatamente. Todos los presentes se imaginaron el alcance del propósito del prelado.

T. H.—*¿Quién era monseñor Théas?*

J. G. VALDES.—Monseñor Théas nació en un pueblecito de los Pirineos atlánticos, el 14 de septiembre de 1894, en el seno de una familia tradicionalista. Celebró su primera misa en la catedral de Bayona en 1920. Era *canónigo de la misma catedral* desde 1930 y fue nombrado

obispo de Montauban el 26 de julio de 1940.

Por su conducta ejemplar frente al enemigo ocupante (hizo un sermón en la catedral de Montauban, criticando vivamente el vil proceder de los ocupantes nazis contra los israelitas) y a su regreso de la deportación, el general De Gaulle le puso un avión especial para su regreso a Montauban. En febrero de 1947 fue nombrado obispo de Tarbes y Lourdes, hasta febrero de 1970, en que abandonó este alto cargo para internarse en la casa de reposo destinada a la curia francesa de «Notre Dame de Bétharram». Falleció el 3 de abril de 1977.

T. H.—*¿Cuál era la trayecto-*

ria política de nuestro personaje?

J. G. VALDES.—Creo que también puedo contestar a esta pregunta. Monseñor Théas empieza a destacarse a raíz de la guerra civil española, puesto que la parte norte de Vasconia cae en los primeros meses de la contienda, y el chorro de refugiados vascos se concentra en el país vasco-francés, en notable cantidad y da la oportunidad al clero vasco-francés para entrar en acción en un terreno bien abonado, puesto que una gran mayoría de éstos son católicos y practicantes. No solamente entra en acción constante el clero, sino que las fuerzas políticas, tanto de derechas



Tumba de Manuel Azaña en Montauban.



La delegada del embajador de México, durante su intervención en Montauban, el 12 de abril de 1980.

como de izquierdas despliegan sus actividades; sobre todo las derechas, en la persona del diputado francés Jean Ibarregaray. Este personaje tuvo el sádico coraje de proponer en el parlamento francés, cuando se trataba de buscar una solución al problema de la gran masa de exiliados españoles «QUE FRANCIA REUNIESE UNOS CUANTOS BARCOS DESTINADOS A SER DESTRUÍDOS, Y EN ELLOS COLOCAR A TODOS LOS ESPAÑOLES ROJOS, LLEVARLOS A ALTA MAR Y HUNDIRLOS TORPEDEANDO LOS NAVIOS».

Afortunadamente, el parlamento no le tomó en serio. Pero ¡vaya sujeto! Este personaje era muy íntimo del canónigo Théas.

El periódico la «Petite Gironde», publicó barbaridades sobre los españoles, presentándonos como «demonios con cuernos y rabo». El director de la publicación era íntimo amigo de monseñor Théas. ¿Qué quieren decir estos datos? Pues que el obispo Théas era activista de derechas y además muy decidido.

T. H.—¿Continuaron hasta el final los intentos de secuestro del presidente Azaña?

J. G. VALDES.—A finales del mes de octubre, el presidente Azaña da señales, bien manifiestas, de que su fin se acerca. De vez en cuando, las aves de rapiña, que no abandonan ni un solo instante el propósito de apoderarse de la presa, pasean por los pasillos, al acecho. Se nota que están al corriente sobre el estado de salud del enfermo. De vez en cuando se les nota un cierto nerviosismo. ¿Para cuándo el rapto?, es lo que se preguntan todos.

El general Hernández Saravia ha recibido un despacho confidencial, donde le hacen saber que Félix de Lequerica, embajador de España en Vichy, ha llegado en la madrugada del 31 de octubre a Montauban en secreto. Este hecho sería confirmado cuatro años más tarde a través de las declaraciones de los miembros de la Gestapo Francesa, que ya mencioné anteriormente. Lequerica llegó acompañado de un policía de la Embajada, con su chófer personal y sin distintivo de carácter diplomático, como es normal. A su llegada (sobre las 5 de la mañana), se encamina al domicilio de Maître Buffa, hombre de extrema derecha, antiguo **cagoulard**. Por la tarde de ese mismo día, se efectúa una reunión secreta en casa del abogado, a la cual asisten, además del embajador, monsieur Guilhensans, farmacéutico y meses más tarde jefe de la milicia francesa en el Departamento; también están presentes Juan Calvo, jefe del grupo de falangistas instalados en el hotel du Midi, y el jefe del grupo de la Gestapo francesa J. Laffont.

Lo allí tratado es obvio: Preparar la operación de secuestro de Azaña para el día

1.º de noviembre. El plan operacional consiste en personarse seis u ocho agentes de policía de uniforme (hay que tener en cuenta que desde el día anterior 1.200 policías han llegado a Montauban para garantizar la seguridad del mariscal Petain, que el miércoles, día 6, visitará la ciudad), dichos policías procederán a la detención de Azaña, quien introducido en una ambulancia, será conducido a España, vía Hendaya. Ahora bien, ¿por qué no se llevó a efecto? Existen dos razones sobre el particular. La primera, es que monseñor Théas, al tener conocimiento del plan, el cual se lo dio a conocer el mismo Lequerica, que visitó al prelado mostrándole una carta del primado de España y pidiéndole colaboración, se opuso bajo el pretexto de que raptarían un cadáver, puesto que Azaña no tardaría mucho en dar su último suspiro. Otra razón, o versión, es que el Mariscal Petain, al ser informado sobre el plan de Lequerica, prohibió terminantemente la ejecución del mismo, añadiendo estas palabras: «Monsieur de Lequerica se croit chez lui, ou quoi? Je commence a en avoir assez de son manège». Se comprende perfectamente la reacción del viejo mariscal, puesto que su visita a Montauban era inminente y los efectos en el mundo entero serían de gravedad y él no deseaba problemas de esa índole. El secuestro no se hizo y los falangistas españoles, como la Gestapo francesa, salieron de Montauban de la misma forma que habían llegado; es decir: a altas horas de la madrugada, sin que nadie lo advirtiese.

T. H.—Según el testimonio de



M. G. de Valdés, durante su intervención en el homenaje a Azaña, en Montauban, el 12 de abril de 1980.

D. Aurelio Garzón el presidente recibió, o le fue administrada la extremaunción, ya en estado de coma y sin haber confesado. ¿Me pondría decir cuándo entró en coma Azaña y cómo pudo producirse esta situación?

J. G. VALDES.—Alrededor de las 10 de la noche del día 1.º de noviembre, Azaña entra en coma profundo, del que no se recuperará y se espera en cualquier momento el fatal desenlace. El día 3, y hacia las 4 de la tarde, monseñor Théas se presenta en la habitación del moribundo acompañado del Sr. Gasset. El Dr. Acosta se halla junto al enfermo. Se-

guidamente y sin prisa, el Obispo empieza a colocarse los ornamentos, con el fin de proceder a administrar al moribundo la extremaunción pero la puerta de la habitación se abre de repente, entrando el general Hernández Saravia y el Sr. Garzón del Camino, y éstos le ruegan de manera tajante al Sr. Obispo que desista inmediatamente de sus propósitos, por orden expresa de la Sra. Azaña. La escena es un poco violenta, motivada de manera provocadora por el prelado. Hacia las ocho de la tarde se produce una nueva «embesitada» del obispo, esta vez

acompañado de Soeur Ignace y del Sr. Gasset, quedando a solas con la Sra. Azaña el prelado: A la salida de éste, dejando sola a la Sra. Azaña, se reúnen con él la monja y el Sr. Gasset; quien acto seguido penetra en la habitación del moribundo, donde se hallan Antonio y el Dr. Acosta. Sin pérdida de tiempo y como ladrón que trata de apoderarse rápido de su botín para huir, el obispo administra la extremaunción. Soeur Ignace le coloca un rosario entre las manos al moribundo y después de una segunda bendición, todo el grupo sale, salvo Antonio. En la puerta se hallan la Sra. Azaña y el general Saravia. Al enfrentarse cara a cara el obispo con la Sra. Azaña, ésta le dice sin ninguna traza de simpatía: "Monseñor, yo he cumplido con mi promesa. Usted cumplió la suya". Todos los presentes comprendieron el alcance sentencioso de esas palabras. Seguidamente, la Sra. Azaña, seguida del general Saravia penetró en la habitación, y al observar el objeto que brillaba entre las manos de su esposo, le preguntó a Antonio: «¿quién ha colocado ese rosario ahí?» «la monja», contestó Antonio. «Pues recójalo, y cuando el Sr. Gasset aparezca por aquí se lo entrega, para que éste a su vez se lo devuelva a Soeur Ignace».

A las 23 horas y 15 minutos de ese día, Don Manuel Azaña y Díaz, dejó de vivir, sin haber recuperado el conocimiento, que había perdido el día 1.º de noviembre.

T. H.—¿Cómo se desarrolló el entierro de Azaña, pues también le alcanza la polémica?

J. G. VALDES.—En la madrugada del día 4 es embalsamado el cuerpo del pre-



Don Ricardo Gasset, ilustre político y periodista, director de «El Imparcial», cuyo testimonio sobre los últimos momentos del ex-presidente Azaña certifica que murió en la fe católica.

sidente y el escultor español Trapote realiza la mascarilla del busto del difunto. A primeras horas de la mañana se van concentrando en la plaza de Montauban, —en la cual está situado el gran Hotel dú Midi— miles de españoles, los cuales no abandonarán la plaza hasta el siguiente día 5, en que se celebró el entierro. A las 8 de la mañana del martes, día 5, más de 10.000 españoles se hallan concentrados en la plaza y alrededores para expresar su sentimiento, todos llevan corbatas, lazos y sombreros de luto. A pesar de la prohibición de las autoridades francesas de exhibir banderas republicanas, ni aún en las coronas de flores, el ingenio español se pondrá de manifiesto y son muchísimos los que llevan en sus manos 3 flores. Una rosa roja, otra amarilla y un ramito de violetas, con lo cual hacen la bandera tricolor española.

A las nueve de la mañana, más o menos, apareció por la puerta del hotel, el féretro, cubierto con la bandera tricolor francesa (única autorizada), conducido por seis correligionarios del difunto, los cuales lo llevan hasta un furgón, tirado por dos caballos, que lo conducirá hasta el cementerio. Cuando el féretro llega al cementerio, todavía continuaba saliendo gente de la plaza y la distancia, como ha podido comprobar Vd., es de casi dos kilómetros. Las puertas de la catedral permanecieron cerradas y el obispo Théas no pudo llevar a cabo la segunda parte de su propósito, aunque quedó satisfecho por lo conseguido, lo cual le había sido ordenado por las altas esferas de la Iglesia.

T. H.—Monseñor Théas volvió tras la liberación a Montauban. ¿Conversó Vd. alguna vez con él?

J. G. VALDES.—Tras la liberación yo era capitán de la policía militar, y entonces se empezaron a fundar asociaciones de ex-presos, excombatientes, etc. En una de ellas, fundada en Montauban, y denominada «LES RESCAPES», fui socio fundador, junto con monseñor Théas. Alrededor de octubre de 1944 tuve la primera ocasión de hablar con él. Vino a pedir de boca, un hecho relatado por monseñor Théas, sobre el respeto de las convicciones y doctrinas de las gentes, ocurrido durante el período de su deportación. Entonces le pedí su íntima convicción sobre lo que se había dicho ya en muchas ocasiones referente a su pretendida confesión del Sr. Azaña. «En efecto, es cierto que por tres ocasiones traté de romper la condición

tácita impuesta por el Sr. Azaña de no entrar por senderos, ni políticos, ni religiosos, en nuestras conversaciones. Pero cuando lo sentí tan grave, consideré que mi misión era de tratar de salvar su alma. ¿Hay pecado en ello?» me contestó el prelado. Por mucho que traté de hacerle decir lo que él no quería decir, me di por vencido, ante su cerrada defensiva.

Años más tarde, el 24 de junio de 1973, la A.N.A.C.R. (Association Nationale des Anciens Combattants de la Resistance) celebró su congreso anual, en la ciudad de Moissac. Monseñor Théas, como presidente de honor de dicha asociación, presidió todos los debates. Yo estuve en el Congreso, como miembro de la comisión departamental, y si bien buscaba la ocasión de enfrentarme con el obispo, por la cuestión de la famosa confesión, no pude hallarla. Pero en el banque-

te, y aprovechando un pasaje muy atrevido de su discurso, y que decía: «el respeto de las gentes es tan sagrado como el derecho a la vida, en todas las circunstancias que sea, en el político, en el religioso, en el filosófico», no pude más y le interrumpí, para decirle que él «no había cumplido ese precepto con el Sr. Azaña, cuando trató por todos los medios, y en circunstancias donde todas las autoridades de Vichy estaban enteramente a su lado, de arrancar una confesión que éste no le podía dar. Por dos razones capitales: La primera es que se hallaba en coma profundo, y la segunda, era que si el Sr. Azaña, aún estando en áreas de la muerte y con su sano juicio, jamás hubiera consentido en hacer dejación de sus principios, tan sagrados para él, como para usted lo son los Evangelios». El escándalo que se armó a causa de mi interrupción fue épico.

Unos me insultaban, otros me aplaudían. Cuando la calma vino al espíritu de los congresistas, el obispo ya no estaba, y nunca más lo volví a ver.

T. H.—¿Desea usted añadir algo más a su valioso testimonio?

J. G. VALDES.—Sí, desearía hacer unas precisiones en relación al reportaje publicado por *Sábado Gráfico* en febrero de 1978, y que pretende ser una parte de las memorias de Ricardo Gasset, en relación a la supuesta confesión de Azaña y que usted me ha dado a conocer.

Personalmente conocí al señor Gasset. En Montauban se relacionaba con gente de la Iglesia y debido a esto tenía cierta influencia y la gente acudía a él en demanda de ayuda. Trataré de seguir un orden en las rectificaciones.

La primera es que la familia



El presidente Azaña en compañía del general Rojo, en el frente de Madrid, en 1937.



Doña Dolores Rivas Cherif, viuda de Azaña.

Azaña y sus acompañantes fueron directamente desde Burdeos a Montauban y se instalaron en el Grand Hotel du Midi, tras haberlo gestionado el señor Irené Bonafous, y no en casa de los Couret, a los que el matrimonio Azaña jamás conocieron.

Sor Ignace, monja de la orden de Saint Vicent de Paul de Burdeos, fue dirigida hacia Montauban a partir de la llegada de refugiados de Aragón en 1938; era la «mandamás» del «Secours

Catholique» y hacia «le beaux temps et la pluie» a sus anchas.

También es incierto que la monja se instalara a la cabecera del enfermo para cuidarle. Azaña disponía de dos personas abnegadas, a saber: Antonio, el mayordomo de la familia y el doctor Gómez Pallette. En las noches era siempre Antonio quien velaba por el enfermo.

Es totalmente falso que el doctor Gómez Pallette se suicidara en la habitación del enfermo. Fue en su habi-

tación y descubierto por Antonio. Así figura, además, en los documentos de la policía. Y así fue.

Fue el doctor Acosta el que se ofreció a la señora de Azaña para asistir al enfermo tras la muerte del doctor Pallette, y no el señor Gasset quien lo pidió. Un segundo médico, francés, el doctor De Maulde, colaboró con el doctor Acosta, éste cirujano y el otro de medicina general y cardiólogo.

Es totalmente imaginativa la versión sobre el desvario del enfermo. Cuando sus facultades mentales empezaron a dar señales de debilidad, entró en coma profundo y no volvió a recuperar el conocimiento.

También es fantasioso el afirmar que fue la señora Azaña quien pusiera el crucifijo en las manos de su esposo.

Ni el señor Gasset, ni nadie, pudo velar al difunto aquella noche por la sencilla razón de que toda la noche trabajaron los técnicos en su embalsamamiento y en la realización de la mascarilla.

Es completamente falsa la afirmación del señor Gasset, achacando la responsabilidad del entierro civil al ministro Plenipotenciario de México, señor Rodríguez. Fue por mandato expreso de la señora Azaña y en respeto a las creencias de su esposo, que ordenó que el entierro fuese civil. También lo es el que monseñor Theas oficiara un responso desde la puerta de la catedral, al salir el féretro del hotel. Las puertas de la catedral permanecieron cerradas. Yo mismo me hallaba en una de las escalinatas, completamente repletas de gente.

Por último, creo que debe de ser conocido, y esto lo olvida

el señor Gasset en sus memorias, que el general Hernández Saravia le envió una carta a él, como también al doctor Acosta, rogándoles —por su honor— que rectificaran el sentido incierto de la nota que el «Bouletin Catholique» de la diócesis de Montauban había publicado, refiriéndose a la declaración del obispo.

Finalmente, nuestro entrevistado nos ruega reproduzcamos una intervención, que sobre este particular, realizó don Salvador de Madariaga, a través de la BBC, y a finales de 1943, con motivo de varias falsedades vertidas a través de Radio Nacional por Juan de la Cosa, sobre Manuel Azaña. Dijo entonces don Salvador:

«En mi poder existen pruebas de la falsedad de los hechos sobre la pretendida confesión del difunto don Manuel Azaña. Sabemos también el empeño que la Iglesia española desplegó para conseguir, como fuese, la claudicación del ateo y librepensador Azaña. Sólo gracias a los apoyos incondicionales de



José Hernández Saravia, ministro de la Guerra (en sustitución de Luis Castelló) del 6 de agosto de 1936 al 4 de septiembre del mismo año, en el Gabinete Giral, y amigo y compañero de exilio del presidente Azaña.



Placa ubicada en los muros del «Gran Hotel du Midi» en Montauban.

las autoridades de Vichy y a la tenacidad de un obispo sin escrúpulos, fue capaz de realizar tan tremenda felonía. La historia citará, un día no muy lejano, la cantidad de fango inmundo que se empleó para tales fines. El señor Juan de la Cosa sabe muy bien que a él, también le llegan ya, estrepitosas paladas de ese fango». A continuación, citó don Salvador a ilustres personalidades católicas, tales como el cardenal Vidal y Barraquer, Pau Casals, Manuel de Falla, etc., con su dignidad y españolismo lanzaban al mundo entero, el ejemplo, como hizo Emilio Zola, el YO ACUSO. ■ I. H.